

Un viejo que leía novelas de amor, Luis Sepúlveda.

Análisis introspectivo.

Victoria Crespo Lajara

ÍNDICE

1. Introducción.....	3
2. Análisis de la obra y estudio de sus personajes	4
3. La ideología de la obra.....	6
4. Conclusión.....	10
5. Bibliografía	11

1. Introducción

El presente trabajo tiene su base más empírica en una breve obra de Luis Sepúlveda (nacido en Chile en 1949) titulada *Un viejo que leía novelas de amor* (1989), que, en líneas muy generales, pone de manifiesto la necesidad de una revaloración de la literatura hispanoamericana, la consideración de valores perdidos no sólo desde el punto de vista literario, sino lo que es más importante, desde el punto de vista del ser humano, del humano indio: valores que ya caracterizaban la literatura preexistente a la conquista de los españoles de ese continente al que se le ha denominado sin ningún repudio el “Nuevo Mundo”. En otras palabras, esta obra nos plantea la necesidad de una retrospectiva del mundo precolombino, una inmersión en el mundo propio del indígena.

Desde la colonización de dicho continente sobre todo, son muchos los autores que han alzado su voz para señalar el valor de una literatura anterior como parte definitoria del ser indígena. Esto ha dado lugar a todo un proceso evolutivo que recoge conceptos fundamentales como «indianismo», «indigenismo» y «neoindigenismo», que representan en realidad distintos periodos cronológicos respecto al acercamiento al mundo indígena. De este modo, la literatura que nace en Hispanoamérica se hace próxima a ese mundo precolombino para conseguir la aproximación de los lectores a una naturaleza que solo los indígenas eran capaces de gozar, y esta literatura sobrevivirá gracias a las positivas influencias norteamericanas y europeas, reformulándose en lo que conocemos como neoindigenismo. Lo que ocurre es que en algunos casos esta recuperación se ha intentado realizar desde una perspectiva política o económica: Mariátegui dirá “la cuestión del indígena arranca de nuestra economía”. Este no es el caso de Sepúlveda, ya que él parece preocuparse en mayor medida de la condición del indígena dentro de naturaleza, que es en realidad el verdadero tesoro de ese continente. Como veremos, el autor a través del indudable valor que le otorga a la naturaleza

“selvática” (la auténtica protagonista de su obra) aludirá a esa necesidad de dejar al indio tal y como se encontró.

2. Análisis de la obra y estudio de sus personajes

Teniendo en cuenta lo dicho en párrafos anteriores, nuestro estudio sobre la obra de Sepúlveda va a consistir en señalar de forma clara y concisa los aspectos de la misma que remitan a ese alegato -cultural, social y humano- que hace el autor en defensa de la naturaleza y de la condición del indígena, aduciendo sus correspondientes ejemplos, y conformando la perspectiva del autor, que no es otra que presentarnos la oposición dicotómica entre la civilización y la barbarie.

En el caso que nos ocupa, Sepúlveda remite a la llegada de colonos para hablar fundamentalmente de las enormes devastaciones que están sufriendo el indígena y el medio en que éste vive. Obsérvese el siguiente fragmento:

Enormes máquinas abrían caminos y los shuar aumentaron su movilidad... alejándose de los extraños que aparecían ocupando las riberas del Nangaritzza
(pp.: 52-53, capítulo tercero)

Llegaban más colonos... llegaba también el alcohol desprovisto de ritual y, por ende la degeneración de los más débiles (Pág.: 53, capítulo tercero)

Como podemos apreciar, no resulta tan molesta la llegada de colonos en sí, sino de lo que éstos traen a ese Nuevo Mundo. Su manera de vivir no solo se intenta implantarse allí, sino que además resta valor a las costumbres de “los otros” (por ejemplo, el alcohol sin ritual o el poco aprecio que tenían los colonos hacía la carne de mono) El egoísmo, la avaricia, el afán de conseguir riquezas de manera descomedida, sin tener el más mínimo respeto hacia esa selva que describe Sepúlveda llena de tribus (como los shuar), es lo que ofende a los indígenas y al propio autor. Por ello, obsérvese este otro ejemplo:

Tanto los colonos como los buscadores de oro cometían toda clase de errores estúpidos en la selva. La depredaban sin consideración, y esto conseguían que algunas bestias se volvieran feroces (Pág. 59)

En este sentido, J.M. Arguedas rechazará el proceso, pues la muerte de lo indio, sustituyendo su sociedad rural por otra más industrial y urbanizada es un precio demasiado alto. Sepúlveda comparte esta idea y lo expresa en su libro así: Los colonos destrozaban la selva construyendo la obra maestra del hombre civilizado: el desierto (Pág. 61)

Son pocos los que obvian la importancia del mestizaje, como consecuencia de la invasión española, no solo desde un punto de vista físico, sino también desde una perceptiva cultural, de la convivencia de culturas, de la fusión de principios y valores. Y es que el hecho de que los españoles realmente encontraron en Hispanoamérica una auténtica empresa cultural es para nosotros innegable.

En la obra de Sepúlveda aparece un lugar concreto, El Idilio, lugar que se ve alterado por la mala acción de un gringo. También tenemos un personaje protagonista, Antonio José Bolívar Proaño, quien reencarna la defensa del hombre indígena, y al mismo tiempo la imposibilidad de detener el proceso devastador que sufre la selva, ya que la única ilusión que le queda es leer novelas de amor, libros que representa un refugio ante las acciones de los “hombres blancos”. En esa línea central, también se encuentra otro personaje importante, digo importante porque representa la cruda imagen del poder español (“un poder demasiado lejano” como dice el autor): es el único funcionario, y es el ejemplo inmediato de los problemas de adaptación del hombre blanco al mundo indígena. Hablamos del alcalde. Durante todo el relato de Sepúlveda, podemos notar un claro repudio generalizado hacia este personaje, tanto del resto de los personajes como del propio autor. De ahí, los numerosos insultos

identificativos que encontramos en el texto: “la Babosa”, “el gordo”, “enorme y oscuro hongo”, “cuerpo amorfo”... e incluso, la palabra “excelencia”, en los labios de Bolívar resulta burlona y chistosa.

El tercer personaje vertebrador de la obra es el dentista, Rubicundo Loachamín, quien le proporcionaba las novelas de amor a Bolívar, que probablemente represente una mesurada crítica política: le echa la culpa al gobierno de todo, incluso del hecho más insignificante como es el dolor de muelas.

Pero no es ésta la única referencia política, sino que se encuentran esparcidas a lo largo del texto de Sepúlveda. Así, otra nota crítica de carácter político podría ser el hecho de que solo votaban los que sabían leer; o el papel de cobrador de impuestos del alcalde, cuya función política está presente en todos los personajes.

3. La ideología de la obra

Por otro lado, lo que le permite al personaje de Bolívar Proaño esa defensa de respetar la naturaleza es su experiencia vital en la selva. Este personaje convivió con la tribu de los shuar de quines aprendió muchas cosas, entre ellas, a sobrevivir y a valorar la armonía y tranquilidad que le proporciona ésta. Aprendió sus costumbres, y aunque afirmaba que eran distintas y un tanto extrañas, sentía una profunda admiración por esta gente y, de algún modo, los envidiaba, ya que ellos al menos a su manera eran totalmente felices. Sin embargo, la felicidad de aquellos “hombres blancos” crecía en proporción a sus riquezas (piles de animales, piedras de la selva...)

A lo largo del relato nos encontramos con dos momentos que particularmente nos ha llamado la atención: el primero de ellos es cuando el protagonista llega por primera vez a El Idilio después de su larga convivencia con los shuar, puesto que se asombra del cambio que se ha producido en este lugar, se asombra del rápido proceso de civilización (edificación de casas, una especie de ayuntamiento, un alcalde...); y el

otro momento es cuando entran en casa del protagonista unos extranjeros norteamericanos que insistiendo en comprar un retrato de él y su esposa y no queriendo éste, se lo meten descaradamente en una mochila y nuestro protagonista se enfada.

En este otro fragmento observamos que la cuestión del respeto hacia la casa ajena cobra aquí una trascendencia innegable ya que el autor reclama el derecho a la intimidad personal, pero también a la intimidad colectiva, la del mundo indígena, y por ello podemos interpretar que con “casa ajena” se refiere a América, a su América:

Luego cinco días de navegación, arribó a El Idilio. El lugar estaba cambiado. Una veintena de casas se ordenaba formando una calle frente al río, y al final una construcción algo mayor enseñaba en el frontis un rótulo amarillo con la palabra ALCALDIA (Pág. 59, capítulo cuarto)

Que se marchen. No hago negocios con quienes no saben respetar la casa ajena (Pág. 87, capítulo sexto)

En este punto aprovechamos para decir que Bolívar Proaño tuvo que marcharse de la vida de la selva con los shuar no por voluntad, sino por obligación. Unos hombres habían matado a dos de los shuar y Bolívar sin pensar fue tras uno de ellos y lo mató, pero lo mató con la propia arma de éste: una escopeta. Los shuar consideraron que Bolívar se había deshonrado, así como también a los shuar muertos, puesto que en lugar de matarlo tal y como lo hacían ellos (con dardos envenados), lo hizo como un “hombre blanco”. Este hecho, junto al de la tribu de los jíbaros (nombre asignado por los españoles) que siendo un grupo de indígenas del pueblo de los shuar, habían sido despreciados por éstos al haberse degenerado con las costumbres de los blancos: estos dos hechos deshonrosos para los indígenas manifiestan claramente la existencia de una notoria reticencia a la hora de aceptar la cultura aportada por los hombres blancos en el mundo indígena.

A aquel lugar provisto de abundante vegetación, llegaban casi todos los días cuerpos muertos, destrozados, transportados por el río. Se trataba de buscadores de oro, colonos o extranjeros, que se adentraban en la selva en busca de animales u otros obsequios que le proporcionaran dinero. Estos cuerpos planteaban un interrogante en los hombres de El Idilio, y una gran disputa entre el viejo Bolívar y el Alcalde para resolver la cuestión. Mientras que el Alcalde decía lo primero que le venía a la cabeza, Bolívar experimentaba y razonaba las heridas del cuerpo, apoyado siempre por su buen amigo el dentista. En cada una de estas situaciones, el alcalde alzaba la voz culpando a los indígenas de aquellas atrocidades: para ello, utilizaba términos tan discriminatorios y negativos, en su boca, como “salvajes” o incluso “selváticos”. Bolívar, gran conocedor de la selva, desacreditaba esto, pues los indígenas iban rehuyendo del hombre blanco, se mudaban de lugar en lugar, selva adentro. Lo más probable es que los animales de la selva se hubieran revelado al no respetar los cazadores “las primeras lluvias” y haber matado a sus cachorros. Es decir, el hombre hace tambalear la estabilidad de la auténtica amazonía.

Pues bien, aquí podemos observar cómo el autor divide radicalmente las opiniones entre el alcalde y Bolívar, ya que ideológicamente representan polos opuestos. El primero, como es de esperar hablará de los animales como una auténtica amenaza, convirtiéndolos en unos potentes agresores: mientras que Bolívar justificará la acción de estos animales ya que los verdaderos agresores son esos buscadores de oro, esos colonos que buscan petróleo, esos gringos que no conocen las leyes de la selva...

El alcalde, haciendo manifiesto de la autoridad que posee, obligará de una manera muy diplomática a Bolívar a realizar unas expediciones en la selva con el fin de acabar con aquel problema. En estas podemos ver los errores que puede cometer un hombre civilizado que no conoce la selva, en el personaje del alcalde, empezando por lo

de llevar zapatos para andar, pero sobre todo, el hecho de que éste matara aturulladamente a un oso mielero, pues tal y como dice Bolívar “no existe otro animal más inofensivo en toda la selva” (Pág. 107, capítulo séptimo) Queremos señalar la importancia de este hecho por el emblema que puede suscitar: esa imagen del animal indefenso e inofensivo, la imagen del colono como una amenaza a la vida más pura, y en especial cómo esta situación a simple vista, representa la desconsideración, la despreocupación, el desconocimiento, la realización de unas acciones sin tener en cuenta las consecuencias: en definitiva, las diferencias entre civilización y barbarie, y la imposibilidad de adaptar un sistema político, económico y socialmente, un sistema civilizador en un medio de tanta pureza natural.

La capacidad de Bolívar de entender como un acto justo la respuesta de los animales, en concreto de un animal (un felino), es lo que hace a éste viejo aceptar la propuesta del alcalde de quedarse solo y resolver él mismo el problema. Bolívar entiende que lo mínimo que puede hacer es darle a ese animal un combate justo, el frente a frente que esa “bestia” buscaba, y eso solo se lo podía ofrecer él, ya que el no era un cazador (aunque cazaba para sobrevivir), porque un auténtico cazador expira miedo, y ese miedo lo pueden oler los animales. Contémplese en los siguientes fragmentos extraídos:

Posiblemente su vida pasada entre los shuar le permitía ver un acto de justicia en esas muertes. Un cruento, pero ineludible, ojo por ojo (Pág. 118, capítulo octavo)

(...) los felinos siguen al verdadero cazador, al olor a miedo y a verga parada que los cazadores auténticos emanan. Tú no eres un cazador. (...) los cazadores matan para vencer un miedo que los enloquece y los pudre por dentro. (Pág. 120, capítulo octavo)

En cualquier caso, donde mayor dimensión alcanza la obra es en el final, cuando Bolívar se enfrenta con el felino, hembra y ésta no le ataca, sino que juega con él dando paseos, midiendo su inteligencia con la del viejo. En esos momentos aparece un felino aún más pequeño y Bolívar lo comprende todo: un gringo había matado al macho y herido al hijo de aquel animal, pero este no había muerto, y la hembra buscaba que Bolívar le diera el “tiro de gracia” para que no sufriera más. Es curioso como Sepúlveda compara los lamentos de la “bestia” con los de los humanos: la hembra “entregada a lamentos acaso parecidos a los humanos”. Nos muestra aquí el autor su más íntima sensibilidad hacia ese mundo. A pesar de que el viejo sobrevivió y a la hembra se la llevó el río mar adentro (“al encuentro con el Amazonas”), no se sentía victorioso de esa batalla, sino que toda la desilusión, la desesperanza, la injusticia que se había visto obligado a hacer acapara su ser, un estado que lo hace revelarse con todo, una rebelión que esconde tras la lectura de sus novelas de amor. Veamos, pues, cómo acaba el relato:

(...) sin dejar de maldecir al gringo inaugurador de la tragedia, al alcalde, a los buscadores de oro, a todos los que emputecían la virginidad de su amazonía, cortó de un machetazo una gruesa rama, y apoyado en ella se echó a andar en pos de El Idilio, de su choza, y de sus novelas que hablaban de amor con palabras tan hermosas que a veces le hacían olvidar al barbarie humana.

El conflicto Civilización vs. Barbarie queda plasmado magistralmente en estas últimas líneas, creando la eterna duda de quién representa qué en una obra literaria que hunde sus raíces en la nostalgia indígena.

4. Conclusión

La aparente sencillez lingüística del relato conduce a algunos críticos a una opacidad respecto al contenido ideológico que nos brinda Sepúlveda. El negocio

cultural que despliegan los españoles no resulta negativo en sí mismo, sino en su explotación y enterramiento de costumbres y valores que son tan importantes o más que los nuestros. Por eso Sepúlveda lo que pretende es concienciar a los lectores de la desconsideración hacia el mundo indígena, de la imposición de un modo de vida ajeno y de la valoración del indio (término asignado por los españoles para designar al “otro”) que, por no ser civilizado se le ha otorgado la imagen peyorativa de “salvaje”, un ser que solo goza de obligaciones. Sepúlveda describe “su América” como el lugar idóneo para ser feliz y nos plantea, de una manera utópica, el retroceso a ese mundo idílico del que los españoles hicieron un auténtico negocio cultural, encarnándose como unos verdaderos tiburones de la economía.

5. Bibliografía

- ALEMANY BAY, Carmen, 1992, “*Revisión del concepto de neoindigenismo a través de tres narradores contemporáneos: José M^a Arguedas, Roa Bastos y José Donoso*”, *Anthropos*, nº 128, pp. 74-76.
- BARTRA, Roger, *El salvaje en el espejo*, Barcelona, Destino, 1996; *El salvaje artificial*, Barcelona, Destino, 1997.
- GALEANO, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, 55^a ed., Madrid, Siglo XXI, 1988.
- GIL, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- ROMERO, José Luis (ed.), *Pensamiento político de la emancipación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.
- TODOROV, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987.